SON MILES DE PERSONAS LAS QUE RELATAN LA APARICIÓN DE UNA ENTIDAD SOBRENATURAL CUANDO SE ENCUENTRAN EN UNA SITUACIÓN DE ALTO RIESGO PARA SUS VIDAS. PERO SI EN ALGÚN ÁMBITO ABUNDAN ESTA CLASE DE EXPERIENCIAS ES EN EL DEL ALPINISMO, PORQUE LOS HOMBRES Y MUJERES QUE PUGNAN CON LAS MONTAÑAS PARA ALCANZAR SUS CUMBRES, SUELEN ENCONTRARSE DEMASIADO A MENUDO CON LA PARCA FRENTE A FRENTE. PERO LO ABSOLUTAMENTE DESCONCERTANTE ES QUE ESTOS «FANTASMAS» EN OCASIONES ACTÚAN PARA SALVAR A LOS ALPINISTAS DE UNA MUERTE SEGURA…

TEXTO MIGUEL PEDRERO

CUANDO TODO PARECE PERDIDO, APARECEN LOS «ÁNGELES DE LAS MONTAÑAS»

ALPINISTAS SALVADOS POR LO SOBRENATURAL

Miguel Ángel Tobías es un incansable viajero que ha recorrido medio mundo, bien por el simple placer de conocer otras realidades o para rodar documentales sobre temas sociales. Dirige la productora ACCA MEDIA y es el creador de proyectos de cine y televisión tan exitosos como *Españoles por el mundo*. En una de esas salidas para descubrir otras tierras y ponerse a prueba en situaciones límite, estuvo a nada de perder la vida. De hecho, llegó a aceptar con resignación que su tiempo en este mundo había tocado a su fin. «Aquel 26 de agosto de 2003 me encontraba en la cordillera de los Andes junto a un guía y dos amigos del alma con los que había vivido muchas aventuras anteriormente –empieza a relatarme Tobías–. Estábamos en el campo base, en el Nevado Chachani, pero yo no me encontraba nada bien. No me había aclimatado adecuadamente a la altura y mi corazón me estaba dando avisos. Necesitaba descender lo más rápido posible para ganar oxígeno, así que a eso de las ocho de la tarde dejé atrás el campamento. Mis amigos no pudieron acompañarme porque estaban vomitando, muy afectados a causa del mal de altura». Pero su inexperiencia en la montaña hizo que se perdiera a las primeras de cambio.

A causa del estrés y el miedo, su cerebro empezó a segregar adrenalina y su corazón recuperó un ritmo normal. Pero esa sensación de bienestar no duró mucho. Estaba a 5.000 metros de altitud, a unos quince grados bajo cero y la luz ya había dejado paso a la oscuridad. Sabía que iba a ser duro, pero ni imaginaba el horror al que pronto debería enfrentarse en plena noche. «Es difícil describir lo que es el frío extremo. Los vientos gélidos te atraviesan el cuerpo y tienes la sensación de que tus músculos y huesos son de cristal, a punto de romperse en cualquier momento. Estaba tumbado sobre una roca, boca arriba, completamente tapado con toda la ropa posible y dentro de una tienducha. Solo mi boca, nariz y ojos quedaban al descubierto. Sin la ropa adecuada a esa altura y temperatura, nadie dura más de unas horas. A mí me esperaba una noche entera».

Miguel Ángel Tobías (abajo) es el autor de *Renacer en los Andes*, obra en la que relata sus extrañas experiencias en dicha cordillera.

«¡DESPIERTA! ¡DESPIERTA!»

Miguel Ángel intentaba permanecer despierto, pero cada vez que miraba el reloj solo habían pasado un par de minutos. Era como si el tiempo se hubiera ralentizado. No tardó en sentir los primeros síntomas de congelación. La nariz, luego los ojos, la frente… Aquello no pintaba bien. Le dolían las extremidades y una estalactita colgaba de la lona de la tienda. Se dejó ir. El cansancio le venció y cerró los ojos acurrucándose en el regazo de Morfeo. «Entonces sentí que me tocaba una mano. Una mano humana que presionaba desde el exterior de la lona de la tienda. Y recibí un mensaje: 'No podemos evitar la experiencia que estás viviendo. Esto es el libre albedrío. Pero no estás solo'. En ese momento entendí que no solo había recibido consuelo, sino que esa mano me había salvado literalmente la vida, porque dormir significaba la muerte. Debía mantenerme con los ojos abiertos por encima de todo».

En esa lucha a vida o muerte, la segunda volvió a ganar la partida, y Miguel Ángel otra vez se durmió. De nuevo la mano presionó su cara y el aventurero regresó a la dura realidad. «En esa pelea por sobrevivir no puedes permitirte caer en la trampa del bienestar físico y mental. Porque cuando te abandonas, desaparecen los dolores, el frío y el malestar. Es una sensación agradable, pero también la antesala de la muerte. Resistí lo suficiente para ver los primeros destellos del nuevo día. Al menos la primera prueba estaba superada». En *Renacer en los Andes* (Luciérnaga, 2017), libro de reciente publicación, Miguel Ángel Tobías narra, con toda la fuerza de la

AARON OSTROVSKIY/WIKIPEDIA

Kangchenjunga (arriba), montaña epicentro de hechos extraños. Abajo, Steve Swenson, salvado de la muerte por una aparición.

YOUTUBE

emoción, la experiencia que relató para AÑO/CERO. Es más, no cree que se tratara de una alucinación. Aunque si así fuera, bendita alucinación que le salvó la vida a cinco kilómetros de altura en plena cordillera.

Nuestro protagonista escribe en su obra: «Jamás perdí la razón ni el contacto con la realidad. (…) Debido a esto, no dediqué tiempo a regocijarme sobre lo que acababa de pasar, ni perdí calor por destaparme para mirar quién me había tocado. Sabía perfectamente que, si lo hacía, no iba a haber nadie sentado a mi lado, que no iba a encontrarme con un ángel en túnica blanca y con alas, ni a un señor con una gran barba blanca, ni a Jesucristo, ni a los Apus –dioses que, según la cosmología andina, habitan las montañas–, ni a mi padre, fallecido siete años antes. Tenía claro que no había nada ni nadie que yo pudiera percibir con los sentidos, a pesar de que Él/Ella/Ello/Ellos me hubieran tocado con su mano».

«HIZO QUE ME LEVANTARA»

Miguel Ángel continuaba perdido. A su alrededor solo veía montañas y sentía silencio y vacío. Esta vez no esperó el milagro, sino que lo pidió: «¡Dios mío, ayúdame! ¡Ayúdame, por favor!». De repente, un pensamiento claro y rotundo se formó en su mente: «Camina en línea recta». Así lo hizo, y a partir de entonces una sucesión de providenciales y mágicos acontecimientos –que relata detalladamente en su libro *Renacer en los Andes*– desembocaron en lo que entonces parecía imposible: su salvación.

Hasta cierto punto similar al de Tobías es el caso protagonizado por el estadounidense Steve Swenson durante una escalada en solitario al Everest en 1994. No tuvo otro remedio que hacer una segunda noche a 8.200 metros de altitud. Consiguió mantenerse despierto la primera, evitando así que durante el sueño se redujera su ritmo respiratorio provocándole una insuficiencia mortal a esa altura. Pero no estaba tan seguro de lograrlo una segunda. Pese a sus esfuerzos, empezó a perder el control del cuerpo, instante en el que alguien le despertó de súbito diciéndole: «¡No!, necesitas estar despierto». El escalador miró por encima de su hombro y se encontró con el rostro de una mujer asiática que derrochaba simpatía. «Su misión era mantenerme con los ojos abiertos cuando me deslizaba en el sueño. Se encontraba detrás de mí y me decía: 'Tómate una taza de té, es importante para permanecer despierto'», asegura Swenson. La aparición permaneció a su lado toda la noche, salvándole la vida: «Todos y cada uno de los consejos que me daba resultaban totalmente necesarios para que yo saliera airoso de esa situación».

También el australiano Michael Groom sobrevivió a una escalada al Kangchenjunga en 1987 gracias a una entidad fantasmal: «Sentí la presencia de alguien cerca de mí, en la tienda. Estaba arrodillado a mi derecha, me colocó con firmeza la mano en la espalda y me hizo erguirme. Pude respirar con calma mientras apoyaba mi mareada cabeza entre las rodillas, pero seguía notando la presencia de alguien que velaba por mí»

Muchas teorías han surgido para explicar este extraño fenómeno que han protagonizado numerosos alpinistas en situaciones de riesgo: la presencia de una entidad fantas-

EL ÁNGEL DEL EVEREST

En 1998, un grupo de cuatro hombres descubrió una nueva ruta para escalar la temible pared Kangshung, la más peligrosa del Everest. Stephen Venables (a la dcha.), un mítico alpinista británico, era el encargado de abrir el camino a sus compañeros, que se encontraban bastante alejados de su posición. Venables sentía que se estaba jugando la vida a cada paso. De pronto, una intensa sensación invadió todo su ser: estaba acompañado por una presencia situada a

El alpinista John Geiger (abajo a la izquierda) es el autor de *El tercer hombre* (Ariel, 2009), obra en la que relata experiencias de montañeros con lo sobrenatural.

mal que ofrece consuelo, avisa de los peligros e incluso salva la vida de los montañeros. John Grigsby Geiger, gobernador de la *Royal Canadian Geographical Society* y presidente de su comité de expediciones, además de prestigioso explorador, recopiló innumerables casos de este tipo en su libro *El tercer hombre: sobrevivir a lo imposible* (Ariel, 2009). Geiger se decanta por la explicación racional. En realidad se trataría de un proceso cerebral que se activa en situaciones de peligro y de enorme esfuerzo físico y psicológico, actuando a modo de alentadora y reconfortante esperanza. Porque el fin de esa maravillosa «máquina» localizada dentro de nuestra cabeza y que se encarga de controlar el cuerpo es principalmente una: la supervivencia de la entidad biológica que somos, y para ello provoca engaños sensoriales y falsas percepciones si es necesario.

Ahora bien, existen casos tan espectaculares y desconcertantes que uno se ve tentado a pensar en otras posibilidades, como la presencia de espíritus o entes del «otro lado», puesto que si la explicación fuese tan simple, la mayoría de los alpinistas en peligro debería haber protagonizado una experiencia de esta clase, y no es así. Solo un pequeño porcentaje relata la presencia del «tercer hombre».

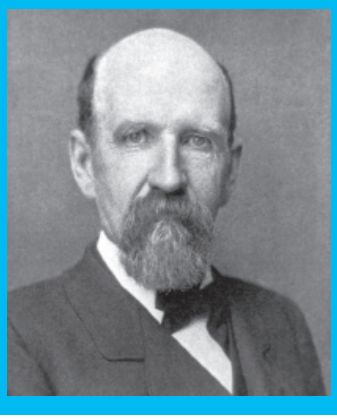
GUÍAS DE MONTAÑA ESPECTRALES

En la mayoría de las ocasiones esa extraña entidad se limita a reconfortar, apoyar y animar al solitario alpinista, como le ocurrió al sudafricano Paul Firth en el Aconcagua, un pico de 6.962 metros de altitud en los Andes argentinos. A finales de 1996 intentó junto a otros compañeros alcanzar la cima, pero fracasaron en todos los intentos. Al décimo día se armó de valor y tomó la arriesgada decisión de hacerlo en solitario. Lo consiguió, pero durante el descenso el cansancio hizo mella en su castigado cuerpo, así que decidió descansar a 6.700 metros. Pero en el momento que se quitó un guante para tomar una fotografía, se dio cuenta, con horror, que tenía los cinco dedos ennegrecidos por congelación. La noche se echó encima de Firth, que resolvió continuar el descenso a pesar de todo, porque de otra forma hubiera muerto congelado. Caminar a oscuras a tal altura era la mejor manera de acabar despeñado, pero no le quedaba ninguna otra opción. Debía arriesgarse. A los pocos minutos experimentó la «intensa sensación» de que a su lado había alguien. Se paró, miró a un lado y a otro y no vio a nadie.

su lado y que avanzaba junto a él. Se trataba de un anciano que desprendía paz y sabiduría. «Nunca logré identificarlo, pero me acompañó a ratos durante el resto del día; en ocasiones reconfortándome y dándome consejos, y en otras buscando mi apoyo». Al final, Venables y sus compañeros lograron alcanzar la cima y comenzaron el penoso descenso. Nuestro protagonista iba muy adelantado, guiando al resto de alpinistas. La visibilidad era casi nula y el británico se convenció de que en cualquier momento se precipitaría al vacío. Entonces se materializó nuevamente el anciano. «Avanzábamos juntos, decididos a no morir». Al caer la noche, se desorientó y comenzó a desplazarse sin ton ni son. «Entonces el anciano sugirió detenernos donde estábamos, pasar allí la noche y esperar a la luz del día para encontrar el camino correcto». Gracias a eso sobrevivió. «Esa entidad parecía actuar como una suerte de ángel de la guarda, un ser más sabio, que instaba a la prudencia y animaba a no caer en el desánimo estimulando el propio instinto».

EL TIMONEL ESPECTRAL

No solo los alpinistas en apuros se han encontrado con presencias salvadoras, sino también los navegantes. Joshua Slocum ansiaba convertirse en el primer ser humano en dar la vuelta al mundo en solitario a bordo de un velero. Nos situamos en el año 1895, precisamente en el momento que Slocum navegaba hacia Gibraltar tras una breve escala en las Azores. En medio de unos fuertes vientos y aguaceros, el aventurero cayó enfermo a causa de una intoxicación alimentaria. Tendido en el suelo e incapacitado para manejar el barco, pensó que su final estaba cerca. Pero entonces distinguió a un hombre al timón. La aparición le dijo: «No he venido a hacerte daño». Y remató: «Échate tranquilo, que yo guiaré tu embarcación esta noche». A la mañana siguiente, cuando se despertó, ya casi recuperado de su dolencia, encontró al velero «con el mismo rumbo en que lo dejé, y navegando a la velocidad de un caballo de carreras». Había recorrido 145 kilómetros durante la noche a través de un mar bravío, y siguiendo el rumbo adecuado para llegar a Gibraltar. «Nunca he conocido a un hombre que manejara el timón con tanta maestría como aquel que condujo el *Spray* –nombre de su velero– durante aquella noche perpetua», dijo Slocum. En cuanto al fantasma, declaró que se trataba de «un navegante con amplia experiencia», y que estaba «sumamente agradecido al extraño marinero nocturno».



En situaciones de peligro en la montaña es cuando aparece el «tercer hombre».

Pero sabía que no estaba solo y encaró el reto con mayor confianza. «Mi compañero invisible me seguía y me alentaba a continuar (…) Me decía: 'Concéntrate en tu camino, coloca un pie delante del otro, no te dejes llevar por el pánico, limítate a andar'. Y yo caminaba, manteniendo esa conversación mental con aquella persona». En cierto instante, el alpinista incluso notó que su cuerpo se movía solo y que él lo estaba observando desde cierta altura. Poco a poco fue ganando en confianza, lo que conllevó cierta mejoría física, hasta que finalmente alcanzó la falda de la montaña, «momento en el que la presencia que me seguía desapareció tan misteriosamente como había aparecido».

Más llamativas son las situaciones límite en las que la extraña presencia guía a uno o varios alpinistas para encontrar el camino de la salvación. Eso le ocurrió a «Sandy» Wollaston, un físico de la Universidad de Cambrigde que en 1912 formó parte de una expedición que pretendía coronar el pico Carstensz, actualmente conocido como Puncak Java, de 4.884 metros de altura. Es el más elevado de Oceanía y para llegar a su falda los expedicionarios tuvieron que adentrarse en el entonces inexplorado territorio de Nueva Guinea. Después de sortear toda clase de peligros, como cruzar peligrosos ríos y evitar ataques de los papúes, picaduras de serpientes y mosquitos, trampas de lodo y demás, consiguieron iniciar el ascenso. Pero cuando estaban a 150 metros de la cima, en medio de la niebla y la lluvia, un muro de hielo les impidió el paso. La retirada estuvo plagada de contratiempos, y en el camino se encontraron con los cuerpos de decenas de indígenas que habían muerto por congelación a causa de las inclemencias del tiempo.

Wollaston nunca escribió una línea sobre su aventura, pero sí confió algunos detalles de la misma a su amigo I. A. Richards, un prestigioso crítico literario. Sin duda, la circunstancia más llamativa es que Sandy, líder y guía de la expedición, era conducido por un hombre blanco que caminaba

La expedición de «Sandy» Wollaston y sus hombres (dcha.) tenía el objetivo de coronar el Puncak Java, en Nueva Guinea (sobre estas líneas).

> **“Un espectro caminaba por delante de los expedicionarios, mostrándoles la ruta para salir de ese infierno”**

muy por delante de él. La aparición le mostró el camino para salir de ese infierno de nieblas tropicales, calinas y temporales de lluvia. Justo cuando los exhaustos hombres alcanzaron la costa –su salvación–, el «guía espectral» se desmaterializó.

SERES ELEMENTALES AL RESCATE

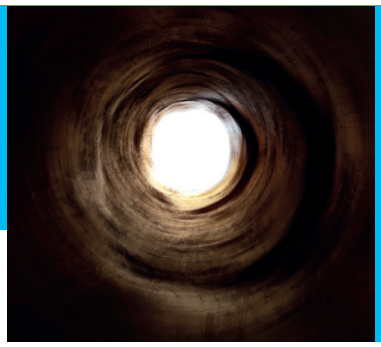
César Pérez de Tudela es el más conocido de los alpinistas españoles. Como él mismo me dijo durante la larga conversación que mantuvimos, «debía haberme muerto unas cuantas veces, pero no sé por qué, aquí sigo». Pérez de Tudela se ha enfrentado a la parca en tantas ocasiones que ha perdido la cuenta, y ha visto morir a muchos compañeros en ascensos a montes y picos de todo el planeta. En *Al filo de la escalada* (Almuzara, 2017) narra vivencias y aventuras que cualquier guionista de Hollywood podría transformar en una decena de películas. Por ejemplo, en 1976 se decidió a escalar la pared norte del Peñón de Gibraltar. Como en tantas ocasiones, iba solo. Sin embargo, a punto de alcanzar la cumbre, un alud lo lanzó hacia las rocas y acabó con una pierna destrozada y colgado frente al abismo, solo sujeto por una cuerda de un dedo de ancho que se había roto hasta su mitad. Así permaneció 25 horas, mirando hacia el precipicio y sabiendo que en cualquier momento la cuerda se podía romper, hasta que un helicóptero llegó en su ayuda.

Otra vez sufrió una aparatosa caída en el monte Olivia, situado en el pórtico de la Antártida. «Estaba abriendo una nueva vía y perdí el equilibrio –me contaba–. Recuerdo perfectamente que vi toda la escena a cámara lenta, e incluso observé desde fuera cómo mi cuerpo se precipitaba al vacío. Perdí el conocimiento y, cuando me desperté, llegué a pensar que me había muerto y estaba en el más allá. Pero me empezó a doler todo el cuerpo, de modo que seguía vivo. Tenía no sé cuántas costilla rotas y otras contusiones. Estaba en la nieve con las piernas colgando del precipicio. Tuve una suerte enorme. Esa fue la única vez en mi vida que me arrepentí de seguir vivo, porque los dolores por todo el cuerpo eran horribles, y aun así no tuve otro remedio que intentar el descenso. Aquello se convirtió en un calvario. Además me dolía mucho la cabeza y llegué a pensar que tenía roto el cráneo. Mientras me movía era consciente de que si eso era así no iba a durar mucho».

Una de las experiencias más desconcertantes de mi informan-

César Pérez de Tudela (a la izquierda) es uno de los alpinistas más reconocidos de la historia de España. En varias ocasiones estuvo al borde de la muerte, como al intentar el ascenso al Peñón de Gibraltar (sobre estas líneas). A punto de alcanzar la cumbre, un alud provocó que permaneciera 25 horas frente al abismo, solo sujeto por una cuerda.

“Cuando ascendía el Aconcagua, César Pérez de Tudela se sintió morir y vio el túnel con la luz al fondo, pero se resistió a realizar el último viaje”



¿SABÍAS QUÉ...?

***El tercer hombre*, el libro de John Geiger, está prologado por el reputado médico Vincent Lam (izquierda). El doctor escribe que mantuvo comunicación con una entidad que entonces le pareció «un ángel enviado por Dios». Lam estaba estudiando para ingresar en la Facultad de Medicina, y, en un momento de descanso, mientras estaba tomando una ducha, notó la presencia de un ser espiritual que le ofreció indicaciones precisas sobre cómo conducir su vida diaria y controlar sus emociones. Escribió la revelación palabra por palabra y guardó el documento en un disquete y en su ordenador. Luego durmió un sueño reparador. Cuando se despertó, descubrió que su escrito se había borrado de ambos soportes.**

te ocurrió mientras descendía el Aconcagua. Pérez de Tudela se perdió y se quedó sin provisiones de ningún tipo.

Durante seis días y cinco noches avanzó sin descanso. Sin comer ni dormir un solo minuto en un desesperado esfuerzo por burlar a la muerte, cada vez más cerca a medida que corrían los minutos. «Entonces se me aparecieron varios *chuzalongos*, unos seres sobrenaturales típicos de la mitología andina», me relataba. Presentan rasgos humanoides, tienen el tamaño de un niño de seis o siete años, larga cabellera y rostro muy pálido. Su fama es de malhumorados y, en ocasiones, hasta violentos, pero con nuestro protagonista no se portaron mal. Al contrario, probablemente le salvaron la vida. «En mi desesperación por encontrar el camino de regreso no había bebido y estaba al borde de un colapso circulatorio. Los *chuzalongos* cogían hielo del suelo y me lo daban a beber».

El alpinista
César Pérez de Tudela escribió *Al filo de la escalada* (Almuzara, 2016).

ECM Y PREMONICIONES EN LA MONTAÑA

El prestigioso alpinista achaca la visión a su mente y descarta la explicación sobrenatural, pero el caso es que acabó salvándose. «Aparecí en Punta de Vacas, Argentina, a más de 100 kilómetros del lugar en el que me había perdido. Llamé a la casa de un buen amigo, el comandante Lefebre. Me abrió la puerta su esposa, y al verme con aquellas pintas profirió una palabrota. Había perdido como 15 kilos y tenía todo el rostro quemado. Empezaron a aparecer hombres que me daban por muerto. No se explicaban cómo había podido sortear más de 100 kilómetros entre glaciares y ventisqueros. El médico que me practicó el reconocimiento alucinaba. Una y otra vez volvía a hacerme las mismas pruebas porque no se creía que estuviera en perfectas condiciones».

Años después, en 1986, la muerte volvió a rondarle también en el Aconcagua. Ascendía en solitario para entrevistar al alpinista y científico Fernando Garrido, que llevaba cincuenta días en la cumbre experimentando consigo mismo sobre la resistencia humana a las alturas.

«La marcha era extenuante y me encontraba al límite. En cierto momento sentí que me fallaban las fuerzas. Me paré y entonces me di cuenta de que me estaba muriendo. Intenté tranquilizarme sentándome en una repisa. Y pedí ayuda a amigos alpinistas que ya no estaban en el mundo de los vivos. A Fernando Martínez, a Pedro Ramos, a José de Pablo. En eso me encontré en un túnel negro, muy oscuro, y al fondo distinguí una luz muy potente. No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado. A pesar de la visión, tenía claro que no quería irme. Y aquello desapareció. Me levanté algo mejor y, tras descansar un rato, continué mi camino».

Al final, Pérez de Tudela localizó a Fernando Garrido y le hizo la entrevista. «Sin embargo, todo era muy raro; tanto él como yo estábamos en un estado alterado de conciencia. En cierto momento, Fernando me comentó que había experimentado unos sueños muy extraños y que tenía la sensación de que su hermano pequeño iba a fallecer. En cuanto puse los pies en Madrid llamé al padre de Fernando, el general de brigada Rafael Garrido, entonces gobernador militar de Guipúzcoa, que lógicamente estaba preocupado por la salud de su hijo». El caso es que unos días después los asesinos y criminales de ETA acabaron con la vida del general, su esposa y el hijo pequeño

T. S. Elliot (arriba) se inspiró en el «tercer hombre» para uno de sus poemas.

de ambos, hermano de Fernando. El brutal atentado tuvo lugar el 25 de octubre de 1986, cuando dos terroristas de ETA que circulaban en una moto colocaron una bomba sobre el techo del vehículo en el que viajaban Rafael Garrido y su familia. Solo se salvó un soldado de 20 años, Jesús Ferrer, que conducía el coche. Daniel, el hermano del alpinista, solo tenía 16 años…

La montaña se ha llevado la vida de miles de personas dispuestas a cumplir un sueño, a jugarse la vida para sentirse más vivos, a superar retos en apariencia imposibles.

SIEMPRE A NUESTRO LADO

Precisamente cuando la situación parece irreversible y la parca ya está abriendo la puerta, es cuando suelen aparecer esas entidades espirituales que ofrecen consuelo y a veces hasta prestan ayuda. Entre los alpinistas, los casos de este tipo son más frecuentes, porque también lo son las situaciones límite que deben enfrentar. Pero el «tercer hombre» se ha presentado igualmente a heridos en accidentes, a individuos atrapados en incendios, ante aquellos a punto de someterse a una peligrosa intervención quirúrgica, etc. Como escribía el célebre poeta T. S. Elliot en su famoso poema *La tierra baldía*, inspirado en el fenómeno que nos ocupa: «¿Quién es ese tercero que camina siempre a tu lado?». ■

EL TERCER HOMBRE ES UN FENÓMENO MÁS COMÚN DE LO QUE PARECE